

MISTER SOUL

de Raquel Diana
(escrita en 2002 en medio de aquella crisis)

*La acción transcurre en lugar extraño.
En Uruguay o cualquier otro país así de pobre.
En un momento jodido.
En un aeropuerto, una casa, una roca frente al mar, una sierra.
En un borde.
En varios bordes.
O simplemente en la cabeza de Ella.
Lo único cierto es que transcurre en un escenario, lo que nos hace estar seguros de que nada es real.
Supongo que los personajes nunca salen de escena y que los espacios conviven, se mezclan.
Como sea el tiempo y el espacio se curvan, se contraen y se dilatan.*

Personajes:

*Ella
El hijo
El
El Otro*

1 preludio

Ella- Dicen que un hombre trataba de volver a su hogar y su barco no resistía ya más tempestades. Entonces le pidió ayuda a un dios que le regaló una gran bolsa. Dentro estaban todos los vientos salvo una brisa suave que soplaba en dirección a su casa. Cuidó la bolsa mientras navegaba durante varios días, pero al final se durmió. Los marineros pensaron que dentro de ella había grandes tesoros y la abrieron. Murieron todos. Apenas se salvó el hombre que quedó a la deriva sujeto del mástil... Es un cuento viejo. Creían que un dios era dueño de las tormentas, y que podía escuchar los ruegos y ayudar. Había una salida. Creían que en el fondo la culpa la tenía la soberbia de los hombres, o la codicia... Eso sí. A lo mejor eso sí.
A la deriva, apenas sujeta del mástil.
SOS debería escribir en alguna parte. Save our souls. Salven nuestras almas.

No hay dónde escribir.
No hay cómo mandar señales.
No hay a quién.

2
despedida

Ella- Yo estoy muy bien.
El hijo- ¿Sí?
Ella- Feliz.
El hijo- ¿No tenés miedo?
Ella- Yo me quedo en la tierra. La tierra es segura. Sos vos el que se va a navegar.
El hijo- No, apenas voy a volar un rato. Después habrá tierra. Para estar seguro, como vos decís.
Ella- Una tierra del otro lado. Parece que lo bueno siempre está en otro lado. En otro país, allá en la infancia, después de la muerte... El aquí nunca alcanza.
El hijo- No te pongas filosófica. No hay tiempo. Me voy.
Ella- ¿Tenés todo?
El hijo- Sí.
Ella- ¿Algo para comer en el viaje?
El hijo- Sí. Digo, no. No es necesario.
Ella- Tené cuidado de cómo te alimentás. Es muy importante. Cualquier cosa me avisás y te mando algo. Siempre voy a poder conseguir algo para mandarte.
El hijo- No sé si te voy a poder llamar muy seguido. No te preocupes. Allá comida es lo que sobra.
Ella- No creo que sobre tanto. Por acá no vemos ni las migas que caen del mantel. Prometeme que si te llevan preso o algo, me hacés llamar.
El hijo- Para qué. No podrías hacer nada.
Ella- No sabés de lo que soy capaz.
El hijo- Me voy.
Ella- Esperá. Llevate esto.
El hijo- ¡No! Es tuyo. No lo quiero.
Ella- Me pasé toda la vida tratando de darte todo. Este anillo es mi todo ahora. Algo debe valer.
El hijo- No lo voy a vender y si me lo pongo van a pensar que estoy casado. Así no voy a conseguir una novia.
Ella- Vendelo.
El hijo- No. Es algo tuyo.
Ella- Si no te lo llevás lo voy a dejar aquí tirado, para que se lo lleve el primero que pase.
El hijo- Mirá que sos difícil. Ni en el momento de la despedida me dejás en paz.
Ella- La paz es un asunto difícil.

Un silencio. El hijo se pone el anillo en el dedo pulgar.

Ella- Adiós, hijo.
El hijo- Madre, adiós.

3 *el hogar*

Ella- Esa no es forma de sentarse a la mesa. No es cuestión de poner el plato en la mesa y punto. Para eso hay un mantel.
El- Un mantel de mil años.
Ella- Pero está blanco. Limpio. ¿O no?
El- Eso sí. Lastima de tan blanco.
Ella- Ponemos el mantel con prolijidad porque vamos a comer nosotros. Nosotros. Es importante.
El- Está bien. Pero, me parece que nosotros no estamos a la altura del mantel. Ni hablemos de lo que hay para comer.
Ella- ¿Alguna vez cociné algo que no te haya gustado?
El- No.
Ella- Y si tenés algún problema cociná vos... No, mejor no. Sería una catástrofe.
El- ¿Dijo algo?
Ella- ¿Qué?
El- Si dijo algo antes de irse.
Ella- Dijo cosas, sí.
El- No me interesa.
Ella- ¿Y por qué preguntaste?
El- Porque ya no se me ocurre de qué hablar contigo.
Ella- Dijo que va a estar muy bien.
El- Cuando esté arrepentido que ni se le ocurra volver.
Ella- Me encantaría acordarme de cuál fue el día en que empezaste a ponerte amargo. Porque tiene que haber sido así. Una mañana miraste al cielo, levantaste el puño y gritaste: “¡nada vale la pena!, ¡todo me da asco!, ¡nada está bien!”. Mirando al cielo, increpando al infinito: “¡te lo voy a demostrar!” Y lo lograste. Sos la prueba viviente del desastre de la humanidad. Eso sí, el cielo, ni la menor bolilla. El mundo sigue igual de mal. Y vos...
El- La única forma de encontrar un minuto que valga la pena es vendiéndole el alma al diablo.
Ella- Eso es mentira.
El- Decime algo que esté bien, que no esté sucio, una alegría que permanezca más que un rato, nombrame a una sola persona que conozcamos que sea

feliz, decime quién... ¿Qué pasó con tu anillo?
Ella- ¿El anillo? No sé. Recién me doy cuenta de que no lo tengo. ¿Se me habrá salido al lavar la ropa? Lo voy a buscar, en alguna parte tiene que estar.
El- No te creo.
Ella- Te juro que...
El- ¿Por qué no te vas de una vez?
Ella- Para qué. Vos ya te fuiste hace rato.

4 *intermedio*

Ella- Teníamos un latón, una palangana de lata, bastante grande. Yo lo llenaba de agua y lo ponía al sol para que el agua se entibiara. Él, mi hijo, el que se fue, se pasaba mucho rato metido allí, jugando a hacer olitas, desafiando tempestades de jabón, viajando por quien sabe qué mundos. Él no sabía que ese era el mismo latón que yo usaba cuando era chica para desplumar las gallinas. Mi madre me la daba recién muerta, yo le echaba un chorro de agua caliente y la dejaba limpita. El país fue mejorando y se pudo comprar las gallinas ya peladas y prontas para comer. Pero no tanto como para que mi niño tuviera una bañera de loza, blanca. Él, mi hijo, el que se fue, era feliz con su mar de lata. Nunca ninguna nave lo podrá llevar tan lejos. Un día, mejor dicho una de las veces que entraron a casa a robar, se lo llevaron, al latón, digo. ¿Para qué? Era una cosa vieja, sin valor... Qué lástima. Mi niño se quedó sin agua de soñar. Como todos nosotros.

5 *inicio del viaje*

El Otro- Bienvenida.
Ella- Estoy un poco confundida. Esto parece un desierto. O un bosque.
El Otro- Una cosa o la otra.
Ella- Las dos. Está lleno de cosas y ruidos. Amenazas. Misterios. Deleites en escaparates. Pero la sensación es de vacío. Páramo. Soledad.
El Otro- No hubiera venido. Nadie la obliga a estar aquí.
Ella- No sé... Tengo miedo.
El Otro- Vuelva.
Ella- No puedo. Tengo que llegar a...
El Otro- Le traje una manzana. ¿Hace cuánto que no ve una manzana? Tiene un parte que está fea, pero la otra es roja. La lustré. Brilla. Tienta, ¿no?
Ella- No tengo hambre hoy.

El Otro- Una manzana abre el apetito.
Ella- Peor.
El Otro- Una manzana es solo una manzana.
Ella- Me enseñaron a no aceptar nada de los extraños.
El Otro- Mala cosa. El mundo está lleno de extraños. Lo extraño es nuestra naturaleza. Todo está ofrecido, basta estirar la mano y tomar lo que se quiere.
Ella- ¿Sí?
El Otro- Sí.
Ella- Habría que elegir.
El Otro- Por supuesto. La libertad es nuestra naturaleza.
Ella- ¿También?
El Otro- Tiene la libertad de elegir esta manzana.
Ella- No me gusta. Una parte está fea.
El Otro- ¿Hay otra? ¿Hace cuánto que no ve una manzana?
Ella- Está bien. Gracias. *(toma la manzana, la guarda)*
El Otro- Tiene que probarla.
Ella- Después, todavía no.
El Otro- No quiero pensar que está despreciando mi regalo.
Ella- De ninguna manera. Siempre he sido muy agradecida.
El Otro- No necesito las gracias. Necesito que la pruebe.
Ella- Otro día. Tal vez. Ahora tengo que seguir.

6 intermedio

El Otro- Mi soledad es inmensa. Vencidos ya los viejos enemigos, apenas tengo lo que hacer. Algunas veces sí, movido por algo que se parece a mis viejos ímpetus, organizo grandes cosas. Pero son breves. Fulgores, ráfagas. Se ha perdido el sentido épico. Nada de lo que haga, por terrible que sea, logra más que un suspiro de horror de unos, que inmediatamente se distraen en otra cosa, o aullidos de dolor de otros, que nadie escucha. No hay grandeza. Es el problema de la plenitud. No hay más territorio que conquistar. Cualquier emperador romano tenía más esperanza que yo. Para peor estoy a punto de convencerme de que soy eterno: un aburrimiento universal... Ella en cambio despierta en mí un cosquilleo. Me atraen los que no aceptan lo que ofrezco. Resisten un poco. Me gusta. Al final voy a terminar devorándola. Perderé un placer, pero habré ganado otro: el de seguir triunfando.

7 el hogar

- El- ¿Por qué no te vas de una vez?
Ella- Para qué. Ya me fui hace rato.
El- ¿No dijiste que era yo el que me había ido?
Ella- Sí. Yo salí a buscarte.
El- *(se ríe)* Sos loca, una loca linda.
Ella- Bueno, gracias por el piropo. Por lo menos te hago reír. A lo mejor te estoy encontrando y ya vamos de vuelta a casa.
El- A veces me parece que vivís en otro mundo, como si fueras un personaje de un cuento fantasmagórico.
Ella- Puede ser. ¿Ves como sí tenías cosas que hablar conmigo?

irrumpe El Otro, trae al hijo, agarrado del cuello o de la ropa como si fuera un muñeco

- El Otro- Disculpen que interrumpa...
El- *(a El Otro, molesto)* Te dije que no vinieras por acá.
Ella- ¿Ustedes se conocen?
El- Apenas.
El Otro- Traigo noticias de su hijo.
El hijo- Europa. Estoy en la entrada del metro. Me basta estirar la mano y decir soy búlgaro o albanés. Preferiría peruano, boliviano o de costa de marfil. Pero mi piel me delata. Preferiría ser tullido o niño. No puedo decir de dónde vengo. *(estira la mano como pidiendo una moneda)* Uruguay... Uruguay... No significa nada para ellos. A lo sumo supondrán que hablo en un idioma extraño. Mejor. Lo extraño da pena. Cuando no da miedo. Estoy en la boca del metro, hincado, tratando de parecer indefenso, desamparado, chiquito. Unos pasos más allá hay un hombre con un niño alquilado. Le va mejor que a mí.
Ella- ¡Eso es mentira! Él está bien, yo lo sé. ¡Eso es mentira!
El- Yo te lo había dicho. Que se joda por no haberme hecho caso.
Ella- *(a El Otro)* No le creo. Usted inventa todo eso.
El Otro- ¿Yo? *(se ríe)*
El hijo- Buenos Aires. Bajé del avión en la primera escala. Tuve miedo de ir tan lejos.
Ella- Mi hijo está en Europa. Hace limpiezas, por ahora. Pero le está por salir un trabajo en una empresa muy importante. Además es artista. Tiene talento. Le va muy bien.
El hijo- Buenos Aires. Tengo peluca verde. Practiqué con naranjas. Horas de horas. Primero con dos, después con tres. Ahora en los días sin viento puedo manejar hasta cuatro. Sé exactamente cuantas veces saltará por el aire cada una hasta que cambie el semáforo. Tengo nariz roja redondita sujeta con un elástico. Me lastima un poco. Recojo las naranjas, las tiro en mi bolso en un segundo, en esto cada segundo vale, y bailo. Me estiro, me curvo, salto, atrás, derecha, adelante, izquierda, bailo la danza de los autos. Quedarme quieto podría ser la muerte. Y no quiero. Tengo cuidado con mi brazo, que

no tiene más remedio que estar extendido. Si me lo arrancaran sólo me quedaría uno para recibir el fruto de mi trabajo.

- El- Ya ves a lo que llegó. Se hubiera quedado, como yo le dije. Qué vergüenza.
Ella- ¿Vergüenza? Ojalá vos supieras alguna gracia para hacer en el semáforo. Por lo menos harías algo. Y traerías algún peso a la casa.
El- Lo único que falta es que me reproches que no tengo trabajo. Como si yo tuviera la culpa.
El Otro- A lo mejor sí tenés la culpa.
Ella- *(a El)* Hace un rato estábamos casi bien. Hasta me dijiste que era una loca linda.
El- Me equivoqué. *(a El Otro)* Te dije que no vinieras por acá.
Ella- *(a El Otro)* Váyase.

El Otro le pega un puñetazo a El hijo, que cae al suelo.

- Ella- ¡No! Mi niño querido. *(lo quiere acariciar pero El Otro no la deja)* No es mi hijo. Váyase y llévese ese muñeco.

El Otro levanta a El hijo, se lo va llevando.

- El hijo- ¡Mamá!
Ella- *(duda un momento, luego dice:)* Es mentira. Pura magia.

8 intermedio

- El- Me había pasado toda una mañana haciendo cola en un comedor municipal. No le dije a ella, mi mujer, la que se fue, a dónde iba. Yo quería poder rechazar el almuerzo que ella me estaba preparando. Decirle, no, no me gusta, no tengo ganas. Sabía que con el pretexto de que es pecado tirar los alimentos, se lo iba a comer ella, a escondidas, en la cocina. Pero después de no sé cuántas horas de esperar con el plato en la mano, cuando llegó mi turno, dijeron que se había acabado todo. Me volví con mi hambre y mi plato escondido entre la ropa. Quedé de muy mal humor. Compartimos el almuerzo de mantel blanco, poca comida y ausencia del hijo. Se está por cumplir mi tercer aniversario de desocupado. Año uno: esto no me está pasando a mí, esto se va a solucionar pronto. Año dos: angustia, llorar a escondidas. Año tres: acepto mi condición. No soy, apenas si existo. Estoy bien. Sólo a veces me siento como un mueble viejo que ocupa demasiado lugar en la casa, al que todos tienen cariño mientras esperan el día en que no haya más remedio que transformarlo en leña para calentar el hogar. Ella, mi mujer, la que se fue, anda buscando cierta cosa. Pobrecita. No entiende lo que pasa. Mejor así. Más vale que esté lejos.

9

viaje

Ella- Pensé que me daba la bienvenida. Que me iba a ayudar en mi camino.
El Otro- Por supuesto, para eso estoy.
Ella- Prefiero seguir sola.
El Otro- No por favor. Tiene que ayudarme usted a mí.
Ella- Estoy un poco confundida. Esto parece un desierto. O un bosque.
El Otro- Una cosa o la otra.
Ella- Las dos. Está lleno de cosas y ruidos. Amenazas. Misterios. Deleites en escaparates. Pero la sensación es de vacío. Páramo. Soledad.
El Otro- A lo mejor si prueba mi manzana, vería todo de otra manera.
Ella- No lo creo.
El Otro- La gente que se aferra a una convicción sin probar lo diferente me resulta patética. Animalitos caprichosos. Perimidos.
Ella- Había un poeta que decía: uno no siempre hace lo que quiere pero tiene el derecho de no hacer lo que no quiere.
El Otro- Un poeta... Habría que hacer un plan de fumigación universal. O no, no es necesario.
Ella- Yo no sé nada de poetas, pero me gusta que anden por ahí.
El Otro- Son apenas mosquitos en una noche de verano.
Ella- ¿Quién llora? ¿Lo escucha?
El Otro- No. No siento nada.
Ella- Es un niño.
El Otro- Todavía no. *(de entre sus ropas saca un paño con algo dentro)*
Ella- Es un feto. Está vivo.
El Otro- Todavía si.
Ella- Es negro.
El Otro- Es un regalo para usted ya que no acepta mi manzana.
Ella- Pero qué voy a hacer con él. Necesita una madre para seguir creciendo.
El Otro- Sería inútil, va a morir pronto de una enfermedad cualquiera, de la primera que pase, no tiene preferencias.
Ella- Va a morir de hambre.
El Otro- También.
Ella- No lo quiero.
El Otro- La comprendo. Pobre bebé. Usted no lo quiere. Se va a morir. Terminará el repugnante espectáculo de las moscas sobre los cadáveres vivientes, puro ojo y panza hinchada. El sabio plan universal de eliminar lo que sobra para que alcance la riqueza... Es suyo. Se lo regalo... ¿Qué va a hacer?
Ella- *(llorando)* No sé.
El Otro- ¡Muy bien! No sabe. Esta vez gané yo. ¿Fin del juego?
Ella- No. Quiero seguir.

10 el hogar

El- ¿Vas a dejar de llorar?
Ella- Sí... Ya está. Pongamos el mantel.
El- Un mantel de mil años.
Ella- Pero está blanco. Limpio. ¿O no?
El- Eso sí. Lastima de tan blanco. ¿Estás aquí?
Ella- Y vos, ¿estás aquí?

Un silencio. Se toman de la mano, se abrazan, bailan un vals de amor que dura años.

Ella- Yo podría estar en otra parte, ser otra.
El- ¿Ahora, mi reina?
Ella- Sí.
El- Estás muy bien aquí.
Ella- Son muchas vueltas no sé dónde estoy.
El- Conmigo.
Ella- ¿Eso es un lugar?
El- El único.
Ella- ¿Tengo que quedarme?
El- Para siempre.
Ella- Las cosas se mueven muy rápido. Si me paro ¿se van a seguir moviendo?
El- No dejes de mirarme. Las cosas no existen.
Ella- Gracias. Soy sólo la que te mira. Nada más. Una mirada.
El- Así, así...
Ella- ¿Y si la orquesta se calla?
El- No precisamos de músicos.
Ella- Un día se van a cansar de tocar.
El- Voy a cantar.
Ella- No te creo.
El- Mi voz no se acaba.
Ella- ¿Tu voz va a subir por el aire, y más allá y va a quedar en la telaraña de las estrellas? ¿El cielo siempre va a cantar para mí? ¿En tu nombre?
El- Y nunca vas a tener ganas de irte, de ser otra.
Ella- Quién sabe. Ser sólo una misma es poco. Y hay tanto por hacer.
El- Eso no. No me gusta.
Ella- Te da miedo.
El- ¿Cómo?
Ella- Nada. Decime de nuevo que tu voz no se acaba.
El- Ya te lo dije una vez. Hace tiempo.
Ella- Cada vuelta me pesa más el vestido.

El- Antes con cada vuelta te sentías más desnuda.
Ella- No sé. Es el vestido que crece, se alarga, quiere arrastrarse.
El- ¿Sí?
Ella- Me gustaría que me miraras.
El- Te miro.
Ella- No.
El- Te estoy mirando.
Ella- No. Yo podía estar en otra parte, ser otra.
El- No. No podrías.
Ella- Los músicos se fueron. Hay un silencio de años.
El- No tiene importancia.
Ella- Tampoco estás cantando. Me dejaste sola.

El la suelta, Ella sigue bailando abrazada del aire.

11 ellos

El- No cumpliste tu parte del trato.
El Otro- ¿No?
El- Ella se fue. No está conmigo como antes.
El Otro- A lo mejor te olvidaste del arte de enamorar.
El- Ella busca al que ya no soy.
El Otro- ¿Y que culpa tengo yo?
El- Estoy cansado.
El Otro- Será que es tiempo de dormir.
El- Sin soñar.
El Otro- Concedido. Dormir sin soñar. ¿Conforme?
El- Y qué cuando estoy despierto.
El Otro- Eso ya es problema tuyo. Hay mucho en qué entretenerse para dejar que pase el tiempo.
El- Me prometiste que ella iba a estar conmigo, sólo para mí.
El Otro- Es una mujer difícil.
El- Perdió el anillo.
El Otro- No lo perdió.
El- Pero no lo tiene.
El Otro- Ese anillo es mal asunto.
El- Está buscando otro hombre ¿verdad?
El Otro- Peor.
El- ¿Qué puede haber peor?
El Otro- Te felicito. Estás cumpliendo con nuestro trato cada vez con más perfección.
El- ¿Cómo?
El Otro- Es la regla básica, la piedra de toque, el cimiento, la raíz: pensar en uno

mismo siempre, por sobre todas las cosas.
El- No. Eso no es así. Yo... Yo ni siquiera existo. Estoy cansado.
El Otro- Será que es tiempo de dormir.
El- Sin soñar.
El Otro- Concedido. Sin soñar.

12 madre e hijo

Ella ha seguido bailando, El hijo la toma en sus brazos, bailan.

El hijo- Estás muy linda.
Ella- No. Es porque me ves de lejos. Los recuerdos embellecen.
El hijo- Puede ser. De todos modos estás muy linda.
Ella- ¿Cómo es allá?
El hijo- Están a salvo. Pase lo que pase ellos se van a salvar.
Ella- ¿Viven bien?
El hijo- Es otro mundo. Todo funciona. Trabajan. Tienen cosas. Cada uno puede hacer su vida.
Ella- ¿Son felices?
El hijo- Sí. Bastante. Pero tienen sus angustias.
Ella- ¿Y vos?
El hijo- Yo todavía soy "el otro". Unos me aceptan otros me quieren matar.
Ella- ¿Conseguiste novia?
El Hijo- Todavía no. Será porque tengo tu anillo.
Ella- Pero en el pulgar. En ese dedo no significa nada. Si no lo vendés antes, regalárselo a ella. Le va a gustar.
El hijo- Todavía todo es difícil, pero voy a estar muy bien.
Ella- ¿Y por qué te fuiste?
El hijo- ¿Cómo me preguntás eso? Por lo mismo que se van todos. A buscar... Vos misma me ayudaste a irme.
Ella- Si, ya sé. Pero hay algo más. Algo que yo hice mal.
El hijo- No. Hiciste todo bien.
Ella- No soportabas mi tristeza, mis quejas, mis llantos. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Sueño que abro la puerta y no hay nada, nada más que gritos de dolor, de hambre, de desesperanza. Tengo que llorar. Tengo derecho a quejarme. Sueño que camino por la escollera hacia el mar y cuando me doy vuelta no hay ciudad, ni país, ni historia: el Uruguay se desprendió de la tierra y se va naufragando hacia los hielos del sur, o simplemente se hunde, se lo traga un abismo, no sé... Quiero que me perdones hijo querido, que me perdones las quejas y los lamentos. Quiero que me perdones no haber encontrado un modo de darte ánimo. Quiero que me perdones y que vuelvas... O no, no vuelvas. ¿Hijo?

El hijo desaparece, ella queda sola.

13

manzana

El Otro- ¿Entonces? ¿Quiere seguir?
Ella- Sí. Voy a probar su manzana.
El Otro- ¡Muy bien! Por fin.
Ella- ¿Y qué va a pasar?
El Otro- Seguramente sienta el placer de estar del otro lado.
Ella- Eso no es malo.
El Otro- Claro que no.
Ella- Entonces está bien.
El Otro- Eso sí, seguramente ya no será la misma.
Ella- No lo creo.
El Otro- ¿Me está desafiando?
Ella- *(irónica)* Jamás me atrevería.
El Otro- Usted me gusta.
Ella- Usted a mí no.
El Otro- Procedamos entonces. Muerda su manzana... ¿Qué hay?
Ella- No sé muy bien de qué lado de la pantalla estoy, pero parece que estoy del lado del sillón ese especial, de cuero auténtico, o mejor no, de simil-cuero, ecológico, elástico, lavable, reclinable, siete posiciones a elección, control manual automático. Estoy de ese lado de la pantalla. Cómoda. Muy cómoda. Hasta puedo lanzar un suspiro de placer para echar fuera cualquier tensión o disgusto. El mundo está ante mí. Rápidamente lo recorro con el poder de mi dedo mayor. De lo que hay elijo las noticias. Porque hay que saber. Tuve suerte: una transmisión en vivo, en directo, en tiempo real. La realidad en tiempo real, qué más se puede pedir para saber. Primer plano de japonés que llora, o podría ser coreano, o chino. No se entiende lo que dice. Me doy cuenta de que no están en la China porque la cámara muestra una tienda y el letrero está en español o casi, dice “almacén” y más abajo “mini-market”. Si, es un pequeño comercio de alimentos en algún país sudamericano. Me hace feliz mi capacidad de deducción. El chino llora, se abraza a una mujer también de ojos rasgados pero piel oscura, indígena seguramente, andina diría yo, que se abraza a su vez con un niño chino-aymara o algo así que llora. Es muy conmovedor. Se me hace un nudo en la garganta. La reja de la tienda está destrozada. Personas entran y salen. Hombres mujeres, niños, blancos, indios, negros, se llevan la comida, sobre todo la empaquetada, pero también frutas, verduras, botellas de whisky. La cámara toma una mujer de espaldas, tiene un niño en brazos y cuatro más agarrados de sus pantalones. Ella tiene un aire familiar. Se ve un micrófono

y una voz, la del periodista supongo, que la de Dios no puede ser, que pregunta algo, demasiado rápido, no llego a entender. Ahora sí se la ve, es increíble, “el chiquito anoche...”, que cosa más extraña, “anoche lloraba...”, si no fuera porque le faltan tantos dientes yo diría que..., “lloraba y yo no podía hacerlo callar...”, no puede ser, “¿sabe por qué, señor?...”, me siento mal, “hambre, tenía hambre y yo creí que me volvía loca porque no se callaba y no se callaba”, me estoy volviendo loca: esa mujer tiene mi misma cara. Apago. Me tomo unos minutos para indignarme. Naciones Unidas debería hacer algo, alguien debería hacer algo. Estoy furiosa y dolida.

El Otro- No es lo que yo esperaba pero no está del todo mal.
Ella- Dos días después, desde el sillón de simil-cuero, siete posiciones a elección, sin querer, porque estoy procurando evitar el canal de noticias, encuentro la imagen del almacén. Tuve suerte. El periodista informa que el chino se había suicidado junto a su mujer y su hijo, pero se veían cascos azules y personas buenas repartiendo alimentos a la gente. Sentí un gran alivio. Casi diría confort, confort moral. Me da mucho placer saber que nunca más la televisión va a mostrar ese lugar. De todas formas yo no puedo hacer nada. Pero necesito conmoverme, me hace bien. Es el marketing de los buenos sentimientos. En el cierre de la nota veo a la mujer a lo lejos. No cabe duda, soy yo. Por primera vez me pregunto qué le va a pasar mañana, cuando no sea noticia y no estén los cascos azules ni las personas buenas que regalan alimentos, cuando no forme parte de la pornografía de la miseria, cuando no esté rodeada de la liturgia humanitaria. No sé muy bien de qué lado de la pantalla estoy, pero parece que estoy del lado de allá y que me quedan pocos dientes.

14 rescate

El- Se acabó el trato. Me la llevo conmigo.
El Otro- No. Es mía. Es una mujer difícil. Se resiste. Eso al principio me dio placer. Ahora me fastidia.
El- Dejala en paz. Salí de nuestras vidas.
El Otro- Idiotas. Tienen la ilusión de tener “su vida”.
El- ¿Qué le hiciste?
El Otro- Nada. Comió una manzana. Por su propia voluntad.
El- Está diferente.
El Otro- No tanto.
El- Me la llevo conmigo.
El Otro- No la toques.
El- *(a Ella)* Amor, mi amor. Vamos a casa. Te prometo que... Voy a... Te juro que vamos a....
Ella- *(como despertando de un sueño)* ¿Sí?

- El- Volvé conmigo.
- Ella- Todavía no. Tengo que seguir. *(a El Otro)* Fue difícil. Pero pasé la prueba. Aquí estoy.
- El Otro- *(a Ella)* Es una lástima que no se haya quedado allá. Hay tantas cosas maravillosas. Usted no tiene la menor idea de lo que es vivir. ¿Alguna vez sintió lo que es un verdadero perfume? ¿Francés por ejemplo? ¿Probó caviar? ¿Sintió la suavidad de la seda? ¿Se miró a un espejo vestida por Cristian Dior? ¿Tuvo un pote de crema de Lancome? ¿Fue adorada por jóvenes esbeltos? ¿Tiene idea de lo que es el glamour? ¿Sabe que es posible no envejecer y conservar la cintura, las piernas firmes, las manos suaves? ¿Salir de compras si está alegre? ¿Salir de compras si está deprimida? ¿Tener más de un par de zapatos, más de dos polleras, más de un tapado? ¿Tener una casa con ventanas que den al mar, o a un jardín? ¿Nunca tener frío? ¿Comer el antojo que ordene su apetito? ¿Ser turista, viajar, comprar souvenirs? ¿Tener sirvientas y cocineras? ¿Tiene la más mínima idea de lo que es una joya verdadera, de cómo brilla y estremece? ¿No tener más preocupaciones que elegir el menú? ¿Tener hijos bien educados en colegios seguros y en universidades prestigiosas? ¿Tener seguro de salud? ¿Dinero en el banco? ¿Tarjetas de crédito? ¿No tener miedo? ¿Sentir que el futuro es deslizarse suavemente a un nuevo disfrute? Venga, está cada segundo más hermosa. Su piel es irresistible. Yo estoy tan solo. Estar en sus brazos sería mi consuelo.
- El- *(a El Otro)* No la toques. *(a Ella)* Venite conmigo antes de que... Yo te juro que...
- El Otro- ¿Para qué? ¿Qué le estás ofreciendo? Un agujero húmedo, descascarado, gélido, versión miserable del infierno. Trabajo, esfuerzo, tareas: conseguir dinero, conseguir alimento, conseguir ilusiones, conseguir mentiritas para levantar tu ánimo. Nunca descanso y placer. ¿Qué le vas a dar? Ya le arrancaste el hijo, lo echaste a fuerza de no tener qué darle, ni siquiera qué prometerle.
- El- *(muy abatido, a Ella)* No me dejes.
- El otro- *(a Ella)* Venga conmigo. Mi deseo es incontenible.
- Ella- *(a ambos)* Todavía no. Tengo que salir.

15

el borde del mar

- Ella- Es de noche. Llegué hasta aquí. Hasta esta piedra en el borde. Un borde de piedra. Un balcón a mí. Ni siquiera precipicio: es un país llano, no habría a dónde saltar. Tampoco se sabe dónde termina el mar. Quizás porque es apenas un río. No, supongamos que es el mar y que no se ve dónde termina. Llegué hasta aquí para hacer una pregunta. Hasta esta piedra de preguntar, roca roída, breve peñasco, sin musgo, agua podrida, cloaca

bebiendo lo que escupe la ciudad. Ni algas ni peces. Se fueron a otra parte. Aquí lo que tiene que vivir se va a otra parte... Hay luces que se mueven. Barcos, supongo, que podrían llevar o traer a mi hijo, el que se fue... No es una pregunta amarga. Tampoco estoy segura si quiero saber. Sólo quise correr, salir. Salir. Estirar la mirada. Tener espacio. Muchas telarañas, baba pegada, baba pegada en la cara, baba enredada en las pestañas, la radio, la televisión, la angustia por lo que pasa, baba pegada... En esta piedra, balcón a mí, no tengo cuerpo, soy una pregunta. Si hubiera alguien no tendría forma de verme. Es el problema de las preguntas. Invisibles todas y esta mía, además, muda... Así que callo. Pienso que levanto los brazos y grito. (*no lo hace*)... Una pregunta es una piedra en la noche frente a un mar que no se sabe dónde termina. Nada más.

16

el hijo de las aguas

- El hijo- ¿Y si del agua oscura saltara un pez? ¿Un pez de plata con un anillo en la boca?
- Ella- Sería mentira. Otro engaño. Otro acto de magia de quién sabe quién.
- El hijo- ¿Qué pasó contigo? Antes no llamabas mentira a la ilusión.
- Ella- El mundo es un espejismo, un malentendido.
- El hijo- Qué lástima.
- Ella- Apenas tengo fuerzas para seguir.
- El hijo- Traigo tu anillo. No conseguí novia todavía. Pero la voy a encontrar, pronto, estoy seguro. Vos lo necesitás más que yo.
- Ella- ¿Para qué?
- El hijo- Por aquello de los cuentos: un objeto mágico te pude llevar a dónde quieras ir.
- Ella- Los cuentos son tonterías inútiles.
- El hijo- Los tuyos me gustaban.
- Ella- ¿Pudiste perdonarme?
- El hijo- Aquí está tu anillo.

17

intermedio

- El hijo- Ella, mi madre, la que se fue, había nacido en el campo. A la ciudad nunca le perdonó que no la dejara mirar lejos. Eso que era una ciudad con salida al mar, o mejor dicho a un río turbio, que no era suficiente para sus ojos. Cada tanto volvíamos al campo para ver cómo el sol se ocultaba detrás de la sierra. Entonces me decía: “toda la vida soñé con caminar por el borde”. Yo me quedaba callado. Durante años, cada atardecer repetía lo mismo. Cuando era

joven, ella había recorrido a pie o a caballo la sierra de principio a fin. Yo pensaba que quizás muchas veces había ya caminado por el borde. Pero además ¿cuál es el borde de una sierra? ¿El que se ve desde dónde? Yo me quedaba callado. No hay nada peor que estropear un sueño. Aquello la ponía triste, no quería morirse sin haberlo hecho, y sin embargo le hacía sentir la alegría de querer algo que tenía que ver con la inmensidad. Ojalá yo tuviera un deseo como ese. Como sea, esté donde esté voy llevar conmigo la imagen de la sierra, cuando se va poniendo azul y mi madre dice: “toda la vida soñé con caminar por el borde”.

18

el borde de la sierra

- Ella- ¿Será éste el lugar? Apenas me quedan fuerzas. Quiero creer que sí. Se puede ver todo el cielo que existe. Y la ciudad que está tan lejos. El viento es diferente. Ojalá supiera qué me quiere decir. Todo es tan imponente que no sé qué hacer. ¿Será esto la paz?
- El Otro- *(está oculto o disfrazado o no, pero Ella no lo reconoce)* Sí...
- Ella- ¿Será a usted a quién estuve buscando?
- El Otro- Me encontró por fin.
- Ella- ¿Puedo hacerle algunas preguntas?
- El Otro- ¿Preguntas?
- Ella- ¿Hay un plan?
- El Otro- ¿Un plan?
- Ella- Quiero decir, si las cosas son como son por alguna razón.
- El Otro- ¿Un destino?
- Ella- Sí, algo así.
- El Otro- No termino de entender la pregunta.
- Ella- ¿Somos polvo de estrellas, no?
- El Otro- ¿Sí?
- Ella- Hemos llegado a ser personas, seres con alma y con sueños.
- El Otro- Criaturas frágiles si se compara con las estrellas.
- Ella- ¿El dolor y la injusticia forman parte de un plan?
- El Otro- Mire lo que la rodea, ¿qué le parece?
- Ella- Todo es aquí demasiado bello. Me hace olvidar lo malo.
- El Otro- Entonces quédese en paz, no haga tantas preguntas.
- Ella- No me imaginé que usted pudiera responderme así.
- El Otro- Tiene poca imaginación.
- Ella- ¿Qué tendríamos que hacer?
- El Otro- Aceptar. ¿Usted puede modificar este paisaje? ¿Hacer que cambie de color el cielo? ¿Qué el sol se oculte más rápido?
- Ella- No.

El Otro- Así es todo.
Ella- Usted no es el que busco.
El Otro- Quién sabe.

El Otro se muestra de modo tal que ella lo reconoce.

Ella- ¡No! ¡No lo quiero!
El Otro- No hay nadie más.
Ella- Eso me da mucha pena. Pero a usted no lo acepto.
El Otro- *(riendo)* Palabras, palabras.
Ella- Tengo la libertad de decir no.
El Otro- Pero eso no alcanza para vivir cada día.
Ella- No. Pero es un principio. Usted pierde. ¿Fin del juego?
El Otro- Apenas una partida.

19 el hogar

El- Voy a poner el mantel, porque vamos a comer nosotros. Es importante.
Ella- Es un mantel tan viejo...
El- Pero es blanco, blanquísimo. *(se lo pone a Ella como si fuera un velo de novia)* Así está mejor... Te quiero.
Ella- ¿Nos vamos a casar de nuevo?
El- Soñé que habías perdido tu anillo.
Ella- No. Siempre estuvo aquí en mi mano.
El- Me pareció que estabas muy lejos.
Ella- Vos estabas lejos, pero volviste.

Aparece El hijo con una valija

El- Te vas.
El hijo- Por un tiempo. Hagamos de cuenta que es un paseo, unas vacaciones. Estaremos juntos de algún modo.
El- No quiero que te vayas. Pero acá todo se muere.
El hijo- Nada se va a morir. Tengo ganas, ganas de vivir.
Ella- Llevate esto. *(le da su anillo)*
El- Y el mío.
El hijo- No. Es algo de ustedes.
Ella- Quién sabe no sean objetos mágicos como los de los cuentos de cuando eras niño.
El- Los podés vender.
El hijo- Voy a volver... Lo prometo.
Ella- Sí...

20
epílogo

El Otro-

Dicen que un hombre trataba de volver a su hogar y su barco no resistía ya más tempestades. Entonces le pidió ayuda a un dios que le regaló una gran bolsa. Dentro estaban todos los vientos salvo una brisa suave que soplaba en dirección a su casa. Cuidó la bolsa mientras navegaba durante varios días, pero al final se durmió. Los marineros pensaron que dentro de ella había grandes tesoros y la abrieron. Murieron todos. Apenas se salvó el hombre que quedó a la deriva sujeto del mástil... Es un cuento viejo. Creían que un dios era dueño de las tormentas, y que podía escuchar los ruegos y ayudar. Había una salida. Creían que en el fondo la culpa la tenía la soberbia de los hombres, o la codicia... Eso sí. A lo mejor eso sí.
A la deriva todos, apenas sujetos de un viejo mástil.
SOS quieren escribir en alguna parte. Save our souls. Salven nuestras almas.
(se ríe)
No tienen dónde escribir.
No tienen cómo mandar señales.
No hay a quién.
Están solos.

21
coda final

El- ¿Vas a dejar de llorar?
Ella- Sí... Ya está. Pongamos el mantel.
El- Un mantel de mil años.
Ella- Pero está blanco. Limpio. ¿O no?
El- Eso sí. Lastima de tan blanco. ¿Estás aquí?
Ella- Y vos, ¿estás aquí?

FIN